NUM. 28. Precio de la suscricion.—Madrid: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 15 DE JULIO DE 1866. Provincias.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—Cuba, Puerto-Rico y Estranjero, un año 7 pesos.—America y Asia, 10 á 15 pesos. AÑO X.

REVISTA DE LA SEMANA.

Los sucesos que han tenido el privilegio de fijar la atencion pública durante los primeros dias de la semana, no pertenecen al dominio de nuestra revista. Limitándonos, pues, á decir que ha habido una crisis ministerial, de cuyas resultas las riendas del gobierno han pasado á manos del duque de Valencia, dejaremos á un lado este asunto para reanudar el hilo de nuestra relacion respecto á las cuestiones estranjeras: cuestiones en las cuales vuelve poco á poco á reconcentrarse todo al interés de los que conocen hasta qué punto su desenlace podrá afectar á los diversos paises de Europa.

La inesperada noticia de la cesion del Véneto hecha por el Austria á favor de Francia, comunicándose rápidamente por medio del telégrafo, vino á desbaratar y hechar por tierra los cálculos y las predicciones de cuantos mas ó menos interesados en el asunto, seguian con atenta mirada el curso de los sucesos. Obedeciendo á la impresion que produjo esta noticia, los valores públicos se pronunciaron en alza, los círculos políticos comenzaron de nuevo á levantar castillos en el aire bajo la base de la paz, y el horizonte oscuro y preñado de amenazas de la cuestion europea, dejó entrever por un instante un rayo de claridad, promesa de calma y de ventura para el porvenir. Todavía parece indudable que la intervencion poderosa de Napoleon III, vivamente interesado en la celebracion del Congreso que ha de terminar la cuestion por medio de la diplomacia, conseguirá vencer los grandes obstáculos que se oponen al triunfo de las ideas pacíficas, pero á medida que trascurre el tiempo y se estudia con detenimiento el negocio, disminuyen las probabilidades de una cordial inteligencia entre paises cuyos intereses son tan encontrados y cuyo amor propio se halla vivamente herido.

Conocida la determinacion de Austria de ceder el Véneto, á poco de recibirse nuevas de la victoria de los prusianos en Sudowa, creyóse generalmente que el desastre sufrido por el ejército al mando de Benedeck, habia determinado al gabinete de Viena á cejar *en sus pretensiones respecto á la cuestion de los ducados*. Despues, cotejando las fechas y calculando el tiempo preciso para este género de negociaciones, se ha podido presumir que Austria al ceder el Véneto no entendia por eso de dar fin á la guerra con Prusia, pues los primeros pasos en este camino los inició cuando sus soldados no habian sufrido mas que reveses sin grande importancia, y guiándola el deseo de aislar á su enemigo en el Norte, en el cual concentraria todas las fuerzas que tiene en Italia. La suerte lo ha dispuesto de otro modo y lo que antes fue ardid diplomático, se ha hecho acaso necesidad perentoria por parte de Austria.

No obstante, el sentimiento nacional exaltado hasta un punto indecible en Viena, rechaza la idea de una paz poco honrosa con Prusia, y claro está que Bismark por su parte no juzgará pagada la sangre vertida por sus soldados en las llanuras de Koenistgraetz con *solo el gusto de regalar una nueva provincia á los italianos*. Como dejamos dicho, á medida que se profundiza la cuestion se encuentran nuevos, y al parecer insuperables obstáculos para su arreglo. Asi se esplica, que á pesar de haber trascurrido tiempo suficiente para concluir el armisticio, aun no ha podido conseguirse, aprovechando cada cual el interregno para colocarse en la posicion mas cómoda y estratégica.

En valde el gabinete de las Tullerías se multiplica y despacha unos tras otros agentes diplomáticos para plantear las bases del acuerdo; inútilmente manda notas y *notas á los gabinetes de Berlin y Florencia*. Mientras que los prusianos dejando atrás el campo teatro de sus victorias avanzan con direccion á Viena y fortifican y atrincheran sus nuevas posiciones, el cuerpo de ejército de Cialdini atraviesa el Pó y se interna en el Véneto, encaminándose á Mántua. Parece que unos y otros desean que al aceptar el armisticio sus soldados se encuentran de antemano *en posesion del terreno* que se disputan. El empeño de Italia por hallarse dentro del Véneto cuando éste le sea cedido, se esplica. Es el único modo de que pueda paliarse el mal efecto de la cesion.

Italia, tanto ó mas que la posesion de una nueva provincia necesitaba ofrecer á Europa el espectáculo de su fuerza, dando sola al menos el último paso que habia de conducirla á la tan deseada unidad.

Al partido exaltado le abruma el peso del agradecimiento contraido en la campaña de Lombardía, y siente *tener que añadirle el del regalo de Venecia*. Pero en los intereses de Francia, no podia entrar el cálculo de que los italianos concluyesen solos la grande obra que han emprendido. Sus triunfos podian hacerles olvidar beneficios anteriores, llevándoles á sacudir el yugo de la influencia napoleónica. Respecto á Prusia la cuestion no ofrece menos inconvenientes, á juzgar por las pretensiones que ha dejado traslucir; solo depondrá las armas si se le ofrece las mismas ventajas á que aspiraba, como último resultado de la guerra. Bismark, cuyo sueño dorado era imponer condiciones á Francisco José dentro de Viena, solo renunciará á este triunfo de amor propio político en cambio de ventajas materiales importantísimas. Por el pronto se dice que desea reconstituir bajo nuevas bases la federacion alemana, escluyendo al Austria de ella. Respecto al Holstein y al territorio que ocupa en la frontera austriaca, no hay para qué advertir que los considera *desde luego como cosa propia*. ¿Accederá Austria á anularse tan por completo cuando aun puede luchar, animada por el entusiasmo que entre los suyos inspira esta guerra? ¿Su aparente mansedumbre para aceptar en principio todo género de condiciones, será un ardid para ganar el tiempo bastante á rehacerse de suderrota?

Hé aquí las diversas cuestiones cuya solucion preocupa en primer término el ánimo de los políticos, y á las cuales vienen á unirse para complicar la situacion otras no menos oscuras y graves. El verdadero interés de Napoleon es terminar pronto un asunto cuyas consecuencias nadie duda que podrian haberle arrastrado mas lejos de lo que pensaba. A este fin se encaminarán todos sus esfuerzos; con esta idea pondrá á Italia en el caso de abandonar á Prusia si Prusia se obstina en la guerra. Pero ¿podrá Italia abandonar á sus aliados, cuya sangre ha pagado en Sudowa el precio del rescate de Venecia? ¿Si encuentra un pretesto *plausible para desoir los consejos de Napaleon* sin que se la tache de ingratitud, dejará de aprovechar la co-

yuntura de vengar la derrota de Coustoza y los descalabros de su héroe popular?

Tal es el complicado y raro aspecto que han ofrecido las cuestiones del esterior durante la semana. Como el asunto se presta á todo género de cálculos y de las diversas combinaciones de estos elementos de inducción, pueden sacarse las mas contrapuestas consecuencias, no hay para qué decir que las publicaciones animadas de diverso espíritu y encontradas simpatías, se estienden largamente sobre el asunto, arreglando cada cual las cosas del modo que mas halaga á sus intereses y deseos.

Como quiera que en todo este negocio, que por tan inesperados caminos se dirige al fin, los augures van llevando la peor parte, nosotros nos limitaremos á dejar planteadas las cuestiones, objeto en la actualidad de debate, esperando á que el tiempo tome á su cargo el cuidado de irnos dando la solucion apetecida.

Aunque mas en segundo lugar, pues casi todos los detalles eran ya conocidos, tambien se ha hablado durante la semana del ataque del Callao, cuya relacion oficial ha dado á luz la *Gaceta*. Segun hemos visto por este documento digno de todo crédito, la accion del Callao no solo ha sido tan gloriosa como desde un principio se supuso, sino que al hacerse cargo de todas las dificultades que tuvo que vencer nuestra escuadra y de las inmensas ventajas de sus enemigos, asombra el valor y la serenidad de los que con algunos buques de madera arrostraron el fuego de tan terribles baterías. Por el parte oficial vuelve á confirmarse que al abandonar nuestros buques las aguas del Callao, estaban apagados todos los fuegos de sus fuertes es cepto tres cañones de poco calibre, que á la manera de los go quecillos siguieron ladrando á nuestra escuadra al retirarse con algunas averías que atestiguaban lo terrible de la lucha, pero magestuosa y desplegando en son de triunfo la bandera nacional.

No obstante, la evidencia de los sucesos, los peruanos siguen firmes en su idea de adjudicarse el triunfo, y tratan hasta de elevar un monumento conmemorativo de la victoria. A los que se empeñan en regocijarse y hacer que se regocije el pueblo, que quiero que no, les viene como de molde aquello de «el que no se consuela es porque no quiere.» La verdad es que no son muchos lo que con tanta frescura se atribuyen un lauro que no les pertenece, y aun á esos pocos les curarán muy en breve de su manía las fuerzas que se disponen para proseguir la guerra en aquellas regiones.

Por estas, y circunscribiéndonos á la córte, si dejamos á un lado los asuntos políticos, sigue la escasez de novedades hasta el punto de necesitarse la linterna con que Diógenes buscaba un hombre para encontrar una; á no ser que coloquemos el esceso de calor en la categoría de novedad. El verano se ha pronunciado, en efecto, con todo el rigor de que es susceptible. La inmigracion de los bañistas continúa en grande escala, y en vano los pocos que aquí quedan tratan de buscar una compensacion á las molestias del estío en los espectáculos públicos.

Los Campos Elíseos permanecen cerrados hasta nueva órden: El circo del Príncipe Alfonso anuncia inútilmente la exhibicion de *familias* á cual mas maravillosas: algunos teatros han ofrecido una representacion del drama italiano, á beneficio de una actriz distinguida y una última *soiree* de prestidigitacion el público que solo en los Campos encontraba un lenitivo á la pesadez del verano en la coronada villa: pasea su aburrimiento de Recoletos á la Castellana, de la Castellana al Prado sin encontrar un punto de agradable reposo.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

EL POLO AUSTRAL Y LAS ESPEDICIONES

ANTÁRTICAS.

Al considerar el globo terrestre nos choca la estension del vacío que llena la zona antártica ó austral y todos sus alrededores. Buffon habia notado hacia ya mucho tiempo que los grandes continentes de Africa y de la América meridional terminan en punta hácia el Sur, y van dejando así á los mares un espacio cada vez mas estenso. La América no llega mas allá del círculo 52 de latitud ni el Africa del 33. El continente de la Australia, aunque diferente de los otros, no se estiende á grandes distancias del ecuador. En las latitudes inferiores á las de la Nueva Zelanda y en la inmensidad de los mares australes no se encuentran mas que puntos aislados, islas pequeñas separadas por grandes espacios, algunas costas poco conocidas y pequeños archipiélagos que aparecen en nuestras cartas como las constelaciones en el cielo De este modo el hemisferio austral, al contrario que el boreal, se halla cubierto en su parte mas estensa por la inmensa y monótona superficie de las aguas.

No hay ninguna region de la tierra que haya permanecido tanto tiempo desconocida como la zona antártica, propiamente dicha, comprendida en el interior del círculo polar austral. Jamás las diferentes razones que repetidas veces han impulsado á los navegantes hácia las costas del Norte, han dirigido sus investigaciones hácia este lado. Sin embargo, despues del gran descubrimiento de Magallanes, las naciones comerciantes comenzaron á fijar su atencion en esta parte del globo de que nadie se habia ocupado hasta entonces; pero las regiones que se habian abierto sucesivamente á las empresas de los pueblos del antiguo continente, eran tan nuevas y tan vastas que la actividad mas aventurera tuvo con que satisfacerse durante un largo período, y pasó mucho tiempo antes de que se resolvieran á esplorar las regiones misteriosas del Sur enteramente desconocidas, para buscar el gran continente austral que las teorías vagas de los geógrafos de la época estaban conformes en colocar allí.

La creencia en este continente parece haber estado muy acreditada entre los navegantes. En 1772, Kerguelen, teniente de la marina francesa, percibió la isla que lleva todavía su nombre, y aunque no pudo abordar á ella, anunció á su regreso que habia divisado las costas de una gran tierra que debia cubrir la zona austral. En 1774, Resnevet, oficial francés tambien, llegó allí y tomó posesion de ella en nombre del rey de Francia. Por este tiempo el célebre capitan Cook esploró los mares del Sur, y logró penetrar en las latitudes mas elevadas á que se habia llegado jamás en el hemisferio austral; recorrió 180 leguas entre los 50° y 60° de latitud y penetró hasta los 71°, 15, de latitud bajo los 109° de longitud Oeste. Buscó en vano las tierras que Bouvet pretendia haber percibido en el viaje de descubrimientos que habia hecho por la compañía francesa de las Indias, pero supuso sin duda con razon, que Bouvet se habia engañado á lo lejos por alguna gran montaña de hielo. Fue tambien á cerciorarse de la existencia del pretendido continente de Kerguelen, y despues de un exámen detallado de las costas orientales, el capitan Fourneaux que le acompañaba, vió que la tierra descubierta por Kerguelen no era mas que una isla.

El horror de las soledades australes hasta entonces tan desconocidas, el rigor escesivo del clima, las montañas de hielo de dimensiones colosales, el mar sembrado de grandes pedazos de hielo que se agitan y chocan sin cesar, hicieron una impresion profunda en la viva imaginacion de Cook. Así la relacion que hace en su diario da una idea exacta de aquellas regiones que describe científicamente. «El aspecto de las costas, dice, es mas horrible de lo que puede imaginarse;» esta opinion tan severa la han confirmado despues las relaciones de las espediciones francesa, inglesa y americana, cuyas noticias no eran muy á propósito para alentar á los esploradores. Este aspecto horrible y desolado es la causa de que la mayor parte de los descubrimientos de la zona austral hayan sido, por decirlo así, accidentales, y se deban casi todas á pescadores de ballenas perdidos en aquellas latitudes remotas.

El grupo de las islas Aucklands, mas allá del 50° de latitud, le descubrió en 1806 un ballenero llamado Abraham Bristol. Federico Hazlebourg, descubrió en 1810 la isla Campbell. En 1821 el ruso Bellinghausen llegó casi á la misma latitud que Cook; vió y dió nombre á dos pequeñas islas (las de Alejandro I y Pedro I) que sin duda alguna pertenecen al vasto grupo de islas y tierras que llevan los nombres de Tierra de Graham, de la Trinidad, de Luis Felipe, etc., etc., y que James Ross y Dumont d'Urville, esploraron despues al Sur de la tierra de Fuego entre los 60° y 70° de latitud. Dos pescadores de focas, Palmer y Powell, descubrieron tambien dos tierras á que dieron sus nombres, aunque la de Powell se conoce con mas frecuencia por el de Orkney (Orcada) del Sur.

James Weddell, capitan mercante, fue el primero que llegó mas allá que Cook; su viaje, que tuvo lugar en 1823, hizo entonces mucho ruido. Visitó las Orcadas del Sur, las Nuevas Shetlands, la tierra de Sandwich, que Cook habia reconocido antes, y se dirigió resueltamente hácia el Sur al través de los hielos. Con gran sorpresa suya vió que éstos desaparecian gradualmente y que el tiempo al principio muy duro fue haciéndose mas dulce, hasta que Weddell se encontró en un mar enteramente libre, donde, segun su espresion, no podia descubrir hasta el horizonte ningun pedazo de hielo; así fue desde los 34° 17' hasta los 74° 15', y solo volvió porque la estacion estaba muy avanzada. A su regreso declaró que le parecia mucho mas fácil llegar al polo Sur que al Norte, sobre el que las espediciones de Parry y Franklin habian atraido entonces la atencion de la Europa entera. Su relato produjo una especie de reaccion contra las ideas de Cook, pero duró poco; despues se ha probado bien que los hielos antárticos están muy lejos de tener en sus movimientos la regularidad que los del Norte y los navegantes que han querido imitar á Weddell, no han encontrado jamás el paso tan espedito. Los hielos antárticos tienen un mar mas ancho en que estenderse y por esta razon la casualidad puede hacer que á veces se encuentre libre un grande espacio el tiempo necesario para que un buque pase por él, sin que de esto se deduzca que la navegacion es mas fácil allí que en el hemisferio boreal. Así tambien sucede que grandes masas de hielo avanzan hasta una distancia muy grande del polo. En abril de 1838 se encontró una gran masa de hielo á los 35° de latitud; ha habido veces en las cuales se las ha tomado por verdaderas islas; las islas Denia y Marseveen, marcadas en las cartas antiguas no existen en realidad; otro tanto puede decirse de la Islandia del Sur, y Weddell dice, que las islas Auroras, que el buque de guerra español *Astravida*, habia percibido en 1796, no eran tampoco mas que grandes masas de hielo.

En 1831 Biscoé descubrió la tierra de Enderby entre los 60° y 70° de latitud, y otras varias tierras. En 1839 Balleny descubrió cinco islas que llevan aun su nombre, y que son como los centinelas avanzados de las tierras que despues reconocieron Ross, Dumont d'Urville y Wilkes; percibió las alturas cubiertas de nieve á que Dumont d'Urville dió el nombre de costa Clarie, pero creyó que eran montañas gigantescas de hielo; varias veces le pareció descubrir tierra y vió la costa Sabrina, que se halla á los 120° de longitud.

Dumont d'Urville salió del estrecho de Magallanes con dos corbetas francesas el 9 de enero de 1838, para emprender su viaje de esploracion al polo Sur. No haremos la relacion de su viaje porque seria demasiado larga; solo diremos que al Sur de las islas Orcadas descubrió unas cincuenta leguas de costas á las que dió el nombre de tierra de Luis Felipe y de tierra de Joinville y un gran número de islotes que forman una cadena que les es paralela y son parte del archipiélago de las Nuevas Shetlands. En su segundo viaje al año siguiente, trazó la costa en unas 30 leguas entre los 136° y 142° de longitud. Esta tierra á la que el capitan francés dió el nombre de Adelie no se separa del círculo polar; toda ella está desolada y no tiene vestigio alguno de vegetacion.

Wilkes salió de Sidney y con vientos favorables llegó bien pronto á una latitud elevada. Su viaje de esploracion presenta los mismos peligros que los dos de Dumont d'Urville; pero en general puede decirse que la espedicion americana no adelantó en nada á la francesa que le habia precedido.

El inglés James Clark Ross pasó el círculo polar antártico el 1.° de enero de 1841. Bien pronto llegó á un mar lleno de grandes montañas de hielo; sus buques sufrieron choques terribles, pero como los habian construido espresamente para aquellos mares pudieron resistirlos y avanzaron á donde las corbetas de Dumont d'Urville y los buques de Wilkes no hubieran llegado jamás. Como Weddell anteriormente, Ross vió el mar cada vez mas espedito y al fin completamente libre; el 11 de enero percibió la tierra formada por picos cubiertos de nieve y á la que un campo de hielos muy elevados hacian de todo punto inabordable. Avanzando poco á poco llegó á un pequeño islote en el que no encontró ni el mas leve vestigio de vegetacion; sucesivamente fue descubriendo pequeños islotes cadenas de colinas y picos de rocas á todo lo cual fue dando diferentes nombres. Habia llegado á un momento del año en que el sol inclinado á dos grados sobre el horizonte no enviaba á la superficie del mar y de hielos mas que una luz casi de soslayo; el cielo tenia un azul magnífico y sombrío y sobre su fondo casi opaco se destacaban las líneas blancas y cortadas de una cima enteramente cubierta de nieve; Ross reconoció bien pronto que era un volcan en erupcion. De hora en hora violentos torbellinos de humo espeso salian de aquel cono gigantesco; estos torbellinos descendian despues en nubes que se aclaraban y se coloreaban con los reflejos rojos del cráter inflamado. La columna de humo en el momento en que salia del cráter no tendria menos de 100 metros de diámetro. Sabemos que la actividad volcánica es independiente de las latitudes y de las temperaturas que reinan en la superficie del suelo; pero parece que semejante espectáculo en aquellos sitios adquiere algo de mas estraño y mas grandioso por el contraste entre la calma de una naturaleza helada y las violencias del fuego subterráneo. Ross dió el nombre de uno de sus dos buques, el Erebo, á este coloso volcánico mas elevado que el Etna y que el pico de Tenerife y que no cede en altura, entre los volcanes en actividad, mas que al de Hawai, á los dos de los Andes, al de Luzon y al del Kamchatka. A poca distancia del Erebo se elevaba el cono casi tan alto de otro volcan estinguido ó por lo menos apagado por el momento que recibió el nombre del segundo buque, el Terror. Estos nombres parecen en efecto propios para estas dos montañas vecinas, cuyas erupciones solas habian turbado, y turbaban aun las soledades polares; espresan á la vez el sentimiento que producen estas regiones desoladas y perpetúan el recuerdo de la espedicion que se atrevió á aventurarse en aquellos sitios donde ningun hombre habia penetrado aun. Es digno de notarse que la zona antártica presenta con mas frecuencia vestigios de la actividad volcánica que la zona boreal; en esta última no se encuentra mas que el Hecla en en Islandia y la pequeña isla volcánica de Juan Mayen al Norte de la Islandia, al paso que en la antártica Ross, Wilkes y Dumont d'Urville encontraron en di-

ferentes puntos cráteres estinguidos, lava, y otras señales de la actividad volcánica.

Ross no pudo atravesar la alta barrera de hielos que le impedia examinar si estos volcanes formaban parte de una isla ó si se elevaban sobre la costa de una tierra continental y despues de muchos esfuerzos infructuosos para descubrir y para penetrar mas hácia el polo, se vió precisado á volver atrás para invernar en algun punto mas hospitalario. En sus dos espediciones sucesivas no fue tampoco mas afortunado; pero de todos modos tiene la gloria de haber sido el que ha hecho los mayores descubrimientos en los mares antárticos y el que ha penetrado donde nadie habia llegado antes que él y en donde nadie ha vuelto á penetrar desde entonces. Sin embargo, Ross ha usado de una severidad que pudiera llamarse injusticia, con respecto á los que habian esplorado antes que el aquellos mares y sobre todo con respecto al anglo-americano Wilkes.

La existencia de un continente antártico está ligada de un modo muy íntimo á una de las cuestiones mas oscuras de la meteorología del globo, es decir, á la de la temperatura del hemisferio austral comparada con la del boreal. Hasta el 50° de latitud, la distribucion de las temperaturas viene á ser idéntica en los dos hemisferios; pero la temperatura de las regiones mas distantes del ecuador parece ser mas baja hácia el polo Sur que hácia el polo Norte. Las relaciones de los primeros navegantes que doblaron el cabo de Hornos, y mas tarde las de Cook y las de Forster contribuyeron á esparcir respecto á esto ideas muy exageradas que Weddell trató de combatir. Las observaciones de Fitz Roy, del comodoro Byron, de Banks, de Barron y de Dumont d'Urville en el estrecho de Magallanes y en la Tierra del Fuego, han probado que estas regiones que Forster habia descrito con colores tan severos, tienen poco mas ó menos el clima de la Noruega Occidental; debe tenerse en cuenta que ningun navegante ha esplorado jamás los puntos próximos á la zona antártica mas que durante el estío. Parece pues bastante probable en virtud de la mayor abundancia de agua que de tierra que hay entre las puntas meridionales de la América y del Africa, que si los estíos son allí mas fríos que en la zona ártica, los inviernos en cambio son menos rigorosos. Los meteorologistas se han atormentado muchas veces buscando las causas de la diferencia de la temperatura media en los dos hemisferios, pero seria demasiado largo hacer la crítica de los argumentos de toda clase, que se han presentado para resolver esta cuestion, que sin embargo ha quedado en el mismo estado. Si la zona austral tiene un continente en efecto, se puede decir que no hay en ningun punto del globo una region tan vasta y tan completamente cerrada para el hombre.

Las caravanas atraviesan los desiertos abrasados del Africa central; las colonias que hay alrededor de la Australia penetrarán algun dia en su interior; en la América central los indios no pueden ya disputar la posesion del territorio á los europeos, pero alrededor del polo Sur, hay sin duda algunas soledades inmensas, donde el hombre no penetrará jamás y desiertos de hielo bastante grandes para que la vista perdida en las profundidades del firmamento perciba allí una mancha blanca semejante á la que se descubre en los polos del planeta Marte.

A.

REPAROS A UNAS DEMOSTRACIONES

CRÍTICAS.

(CONCLUSION.)

Cap. 52. Pondera Sancho las prendas relevantes de Don Quijote, diciendo: «¡Oh liberal sobre todos los Alejandros, pues por *solos ocho meses* de servicio me tenias dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea!»

Ocho dias antes habia dicho á la ventera el puntual escudero que hacia un mes andaba con su amo buscando aventuras. Eran solo tres dias; pero la ventera lo ignoraba, y podia Sancho mentir sin reparo. No así en la presente ocasion, pues le oian el Cura y Maese Nicolás, á quienes constaba que habia salido Sancho del pueblo, con Don Quijote, once dias antes. *Un mes de servicio* se le pone en nuestras ediciones, y gana demasiado.

«Volvamos á *mi* aldea,» dice Sancho á su amo poco despues. La aldea de Sancho y Don Quijote, el Cura y el Barbero era una misma: no era pues natural esta espresion delante de tres convecinos. En la primera edicion de la Parte 1.ª, cap. 33, dice tambien Anselmo á Lotario: «Nadie basta con ellos (los moros) á persuadirles las verdades de *mi* sacra religion.» Católicos eran el que hablaba y el que le oia, por lo cual era el posesivo *mi* nada propio del caso: en la edicion hecha en Bruselas dos años despues (1607), sustituyeron el posesivo *nuestra*; y en la edicion de Juan de la Cuesta, publicada en 608, salió *nuestra* tambien. Débese por tanto creer, que antes de las palabras *religion* y *aldea*, se habia escrito confusamente la abreviatura *n.ª* ó *nu.*, que pareció *mi* á los impresores. Así en el cap. 41, queriendo Cervantes escribir «*nuestro Renegado* al anochecer dió fondo con la barca,» hubo de escribir *n.° reneg.°*; y la primera edicion de Cuesta, seguida puntualmente de las otras dos, formó con el posesivo y el sustantivo el extraño nombre de *Morrenago*.

Creo pasan ya de cincuenta las cláusulas que llevo citadas, en las que no es de presumir se haya mutilado ni destruido bellezas que no hay: corresponden todas á la Parte 1.ª del *Don Quijote*, y pudieran ser muchas mas, no tocando aun á la Parte 2.ª Sirvan, por ahora, de contrapeso á los 45 párrafos del señor Acosta, que de ellas y otras no ha dicho nada en particular, habiendo, no obstante, afirmado en la Advertencia, de que se ha hecho mencion, que en la edicion pequeña de Argamasilla «se ha hecho la mayor ofensa que ha podido hacerse á nuestros blasones literarios.»

«En esa edicion (continúa) se ha alterado, desfigurado y corrompido sin miramiento alguno el texto de una obra, que siendo las delicias de los españoles, es la admiracion de los estranjeros y el monumento mas permanente y grandioso de cuantos, para alimentar nuestro legítimo orgullo, nos legaron nuestros pasados.»

¡Qué absurda, qué ridícula, qué impertinente declamacion! Los blasones literarios de España no consisten en los despropósitos de que está sembrado el *Quijote*, y no son del autor, ni forma las delicias y admiracion de nacionales ni estranjeros la mugre que han pegado á eso preciosísima joya manoseadores imperitos ó desdichados.

¡Grandísima ofensa debe haberse inferido á las buenas letras españolas imprimiendo *árboles lozanos* en vez de *amenos*, paz con los *venecianos* en lugar de *paz* solo *con venecianos*, y otras variantes así! ¡Gusto debe dar imponderable ver en esas otras puras y genuinas ediciones, llamar *preámbulo* á un discurso cabal, que es un continuo *paralelo*; salir *de* libertad por salir *en* ó *á* ella; el *fin* de unos versos por el *fil* ó línea perpendicular de la márgen, que es lo contrario; *jumento* por *jumenta*; *Emperatriz* por *Emperador*; *morado* por *leonado*; los *hijos* de quien no tenia mas que uno; la sala *toda de alabastro*, cuyas paredes eran de *cristal*; á Don Quijote á un mismo tiempo dentro y fuera de la cueva de Montesinos; estar en un rio dentro de un barco á menor distancia de tierra adentro que de la orilla; medio pan que dado de limosna remanece luego milagrosamente en las alforjas de Sancho; *parecer* por *clarecer* ó *clarear*; *Osiris* por *Busiris*; bajel de *remos* por de *moros*; *confesion* por *convencion*, y unas ordenanzas que no se habian hecho, y se insertan en el libro una por una. ¡Deliciosas bellezas, regaladas á Cervantes por su editor para fruicion y regalo de lectores de gusto esquisito!

En las ediciones de Argamasilla se han cometido muchos y graves errores, y así lo he declarado yo varias veces (1) antes que el señor Acosta se lo anunciara á los suscritores de EL MUSEO, callando el generoso crítico (por buena voluntad sin duda) mi confesion espontánea, como ha callado tambien las defensas que he hecho de aciertos de Cervantes, ó desconocidos ó tachados injustamente de yerros.

Quien pretendiere que en toda edicion nueva de *Don Quijote* se siga ciegamente el texto de las antiguas, quiere mal á Cervantes, ó no sabe lo que se quiere. Defectuosas las ediciones primeras, malas serán las copias serviles: cuanto mas se ajustaren á aquellas, mas infieles serán, unas veces al pensamiento del autor, otras á la letra del manuscrito y al sentido comun. Séanlo enhorabuena: yo no disputo á nadie el derecho de suponer que Cervantes escribió todos los desaciertos que sacaron las ediciones de Cuesta: pero á nadie se le puede privar tampoco del derecho de examinar esa grave cuestion, en la mas conveniente forma para el intento. Eso han hecho otros, y eso hice yo en mis ediciones, las cuales (diga y deje de decir lo que quiera el señor Acosta) algo han descubierto que no se sabia.

La primitiva del *Quijote* vió la luz en Madrid á principios de 1605, y entonces residia Cervantes en Valladolid, que era la córte. No consta que viniese á Madrid á revisar las pruebas del libro, ni que se las enviaran á Valladolid: las erratas con que salió la obra, infinitas y muy groseras, demuestran evidentemente que no las vió; y es muy de notar el testimonio que puso de ellas el licenciado Francisco Murcia de la Llana. «Este libro (dice) *no contiene cosa digna* que no corresponda á su original.» «Cosa digna *de notar*» estampó en otros testimonios, de otros libros, el propio Murcia. La omision de la preposicion y el infinitivo, ¿fue un yerro mas de los impresores, ó escribió así la nota deliberadamente Francisco Murcia? En tal caso, nada imposible, el corrector quiso dar á entender que todo lo bueno, que todo lo digno de un gran ingenio que se viese en el libro, era del autor; y todas las espresiones dudosas, contradictorias, confusas, todo lo malo, todo lo indigno, eran equivocaciones de imprenta. Bajo tal supuesto, la primera edicion del *Quijote* llevaria en la pág. 4.ª de sus principios la condenacion de sus pecados, condenacion confirmada repetidamente por la edicion segunda, hecha en el mismo año, en la cual se corrigieron muchos errores y se cometieron de nuevo algunos. Vino la tercera edicion, publicada en 1608, cuando ya residia en Madrid el autor: hay en ella nuevas enmiendas, y en cambio nuevas equivocaciones tambien. Viene por último en 1615 la primera edicion de la Parte 2.ª; y refiriéndose Cervantes á la primitiva de la Parte 1.ª, fija en el cap. 27 la importantísima declaracion siguiente: «Este Ginés de Pasamonte, á quien Don Quijote llamaba Ginesillo de Parapilla, fue el que hurtó á Sancho Panza el Rucio; que por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la Primera Parte, *por culpa de los impresores*, ha dado en qué entender á muchos, que atribuian á poca memoria del autor la *falta de emprenta*.» Hé aquí á Cervantes diciéndonos que no habia intervenido cumplidamente en ninguna de las tres ediciones de la Parte 1.ª; porque la primera edicion salió sin los dos trozos relativos al hurto y al recobro del Rucio, y en las otras dos el robo salió sin algunas enmiendas que por el robo eran necesarias, enmiendas que hubiera hecho Cervantes si hubiese revisado la segunda y la tercera impresion de su obra pliego por pliego. Con iguales tachas que la Parte 1.ª salió la 2.ª: causas iguales debieron producirlas. Cervantes que tenia buena letra, la hacia confusa cuando escribia en borrador; era pobre, no podia pagar escribiente, no leia bien su manuscrito el cajista, no corregia él las pruebas, quizá porque veia mal, pues consta que gastaba anteojos: forzosamente habia de aparecer malamente impreso su libro en un tiempo en que las buenas ediciones eran muy raras. Por eso, aun en vida del mismo autor, principiaron á introducirse en las ediciones del *Quijote* variantes que á cualquiera se le ocurrian, y aun se necesitan algunas (1). Quién hubo de introducir en la Parte 1.ª las que hay en las ediciones 2.ª y 3.ª de Juan de la Cuesta, no lo sabemos, y por lo mismo su autoridad no puede ser invocada en juicio; algunas debieron provenir del mismo Cervantes, á quien Juan de la Cuesta ú otro interesado preguntaria sobre los pasajes que le ofrecian dificultad; las demás hubieron de resolverse al gusto ó capricho del que dirigia la oficina de Cuesta, segun pudo entender el autógrafo, suprimiendo de él no solamente lo relativo al Rucio, sino otro pedazo tambien (que no hace gran falta) en el cap. 50 de la Parte 1.ª, pedazo que se restituyó en la edicion de 608. El texto de un libro abandonado así por el autor á manos cuya pericia es muy disputable, el texto de un libro desacreditado por el autor, no merece el supersticioso respeto que para él exigen algunos con un celo que puede tener mucho de farisáico. Las palabras ó locuciones que hay en el *Quijote* reñidas con el sentido comun; aquellas que pueden ser distracciones de la pluma, ó momentáneos olvidos que hubiera reparado Cervantes si hubiese vuelto á leer las páginas que llenaba de prisa, olvidos que trató de reparar alguna vez, y se le ha hecho el obsequio de no atenderle, no deben ser consideradas como la espresion de su voluntad y su ingenio: contra ella y en ofensa de él se hallan en su libro; y quien las arranca de allí lejos de corromper el texto, restaura y purifica lo corrompido.

Permítanos finalizar el lector incluyendo aquí el artículo 19 del segundo Apéndice puesto al cuarto y último volúmen del *Ingenioso Hidalgo* en la edicion segunda de Argamasilla.

«En el capítulo 6.° de *El Viaje del Parnaso* leerá el curioso estos versos, en que habla Cervantes de sí:

«Palpable vi... mas no sé si lo escriba;
Que á las cosas que tienen de *imposibles*,
Siempre mi musa se ha mostrado esquiva.
Las que tienen vislumbre de posibles,
De dulces, de suaves y de ciertas,
Esplican mis borrones apacibles.
Nunca á *disparidad* abre las puertas
Mi corto ingenio, y hállalas contino
De par en par la consonancia abiertas.
¿Cómo puede agradar un desatino,
Si no es que de propósito se hace,
Mostrándole el donaire su camino?»

«La obra de Cervantes que está en *borrador* mas conocidamente, sin que por eso deje de ser la mejor de las suyas, y la mejor que se ha escrito en su género, es el *Quijote*: polvo de diamantes riquísimos cubre los que llamó *borrones* el feliz ingenio, cuya pluma dirigieron las Gracias. Habiéndole repugnado siempre, segun nos da él mismo á entender, lo *imposible* ó inverosímil, lo *dispar* ó contradictorio, lícito será suponer que allí donde haya imposibilidad ó contradiccion en el texto del *Ingenioso Hidalgo*, debe de haber palabras que ó no son de la pluma ó no fueron de la voluntad de Cervantes. Cuando estraña que los desatinos puedan causar placer si no son hechos de intento y con gracia, facultad nos concede para pensar que ciertas faltas de aritmética y cronología casera, y sobre todo de racional discurso, que todos podemos advertir en el texto corriente de esta gran obra, no deben atribuirse al autor. ¿Qué gracia tiene (por ejemplo) decir que habia Don Quijote estado seis

(1) En la edicion chica, pág. 22, de los preliminares, en la 228 y en la 345 del tomo I.

(1) En este número se indican algunas que aun no se han hecho.

dias fuera de su casa, cuando por la relacion minuciosa de su primera salida constaba que solo habia durado su ausencia uno y medio? Las dos idas del Bachiller Alonso, las dos del paje de la Duquesa, la presencia del Rucio en Sierramorena despues que fue robado y antes que le recobrara su dueño, las dos cenas en una misma noche en la venta del Zurdo, las dos comidas en un mismo dia en el camino de Zaragoza, tantas contradicciones como le señalan á Miguel de Cervantes muchos de los que mas le admiran, ¿han de ser disparates ingeridos de intento? Se nos dirá que no; se afirma que son distracciones del autor; que tal vez se propuso corregir su obra; pero se añade que habiéndola dejado sin revision, tal y como la dejó debe la posteridad conservarla. Conservémosla enhorabuena; pero establezcamos dos maneras de conservacion diferentes. Para uso de ciertos doctos, para ciertos singulares apasionados, que no saben admirar un período de Cervantes como no le noten de paso una imperfeccion; para los que solo le conceden el título de *Príncipe de nuestros ingenios* como de gracia y convirtiéndole en otro *Príncipe Desmoniado*, reimprímase el *Quijote* fotografiando las primitivas ediciones y plagándolo de notas, con cuyo oportuno auxilio no pueda dudarse de que el mejor libro de los españoles está lleno de despropósitos: para otra clase de lectores, menos puritana y mas numerosa, capaces de creer que una obra en borrador, vulgarizada ya, no está del todo sujeta á la ley ó costumbre seguida en las reimpresiones ordinarias; lectores capaces de entender que no se hace agravio á Cervantes cuando se procura averiguar su intencion, confundida entre yerros involuntarios, ó propios ó ajenos; para estos lectores pueden hacerse de cuando en cuando tentativas como la nuestra, en las cuales reparando nuestros errores y aprovechando lo que no fuese de desechar, se facilite por último la fijacion de un texto lo mas puro, correcto y autorizado que fuere posible.»

Olvidábaseme advertir que no siendo obra del señor don Zacarías Acosta la mayor parte quizá de las *Demostraciones* (yo lo creo así por lo menos), publicadas con su nombre en ese periódico, poco tendrán acaso que ver mis reparos con el señor Acosta.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

SEPULCRO DE RAIMUNDO BERENGUER EN LA CATEDRAL DE GERONA.

Entre los varios documentos dignos de estima que se encuentran en la antigua é histórica ciudad de Gerona merece particular mencion su catedral, elegante obra construida por los años de 1416 bajo la direccion de Guillermo Boffy.

Recorriendo sus etensas naves bañadas por la claridad ténue y misteriosa que penetra al traves de las caladas ojivas, deteniéndose á contemplar los objetos de arte acumulados en su recinto, ó repasando en la imaginacion las antiguas memorias que despierta los nombres de los ilustres personajes que duermen el eterno sueño de la muerte bajo sus santas bóvedas, el artista, el arqueólogo y el historiador encuentran ancho campo para sentir y estudiar.

Muchas son en efecto, las cosas notables por su mérito ó su antigüedad que en ella pueden admirarse; pero una de las mas curiosas es sin duda el sepulcro de Raimundo Berenguer, segundo de su nombre entre los condes de Barcelona y al cual hicieron famoso sus hechos y su desastrosa muerte. Berenguer I, conocido con el sobrenombre de *el Viejo*, instituyó al morir por herederos suyos á los dos hijos que tuvo en su segunda mujer doña Almodis. Raimundo Berenguer y Berenguer Ramon disputaron por largo tiempo entre sí antes de deslindar definitivamente sus respectivos derechos. Documentos sacados á luz en nuestros dias por escritores diligentes y eruditos especifican con todos sus detalles las negociaciones, los tratos y contratos, avenencias y rupturas á que dió lugar este asunto. Por último, ambos hermanos, se avinieron á gobernar proindiviso sus Estados, aunque solo Raimundo usó el título de conde.

SEPULCRO DE RAIMUNDO BERENGUER EN LA CATEDRAL DE GERONA.

A pesar de encontrarse acordes en la apariencia, sea porque le impulsase á ello su carácter duro y su aviesa condicion, sea porque se creyese agraviado por la preeminencia concedida á su hermano, Berenguer Ramon no cesó de hostilizar secretamente á Raimundo, llegando á tal estremo en su animosidad que la tradiccion á despecho de la historia, atribuyó siempre á una de sus asechanzas la muerte del infortunado conde. Los documentos de que dejamos hecho mérito, los cuales arrojan nueva luz sobre este oscuro período de las crónicas catalanas, confirman y robustecen la que solo fue un tiempo opinion del vulgo.

La muerte de Raimundo Berenguer, á quien á causa del estraño color y la abundancia de sus cabellos, dieron el sobrenombre de *Cabeza de estopa*, ocurrió á los cinco años de haber entrado en posesion de la señoría condal. Engolfado en la persecucion de la caza, se alejó de su comitiva internándose por un monte solitario con el azor en el puño. Acometido allí por una gavilla de bandoleros, cayó herido de muerte á los primeros golpes. La tradicion refiere que los asesinos arrastraron el cadáver lejos del teatro del crímen y le enterraron para hacer desaparecer sus huellas, pero el azor que al caer herido su dueño se habia escapado volando, fué á colocarse sobre una roca cercana á la sepultura y desde allí llamó la atencion de la comitiva del conde con sus gritos lastimeros. Descubierto el ensangrentado cuerpo de Raimundo y trasladado, á Gerona, la gente llamó á la roca á cuyo pie se habia encontrado *la percha del azor*, nombre que ha conservado hasta el dia.

EL CONDE DE BISMARK.

El famoso hombre de Estado cuyo retrato ofrecemos hoy á los lectores de EL MUSEO, ha venido á probar una vez mas que en política la tenacidad y la energía

suplen al genio, y aun le superan en algunas ocasiones.

Mr. de Bismark, primer ministro del rey de Prusia, pertenece á una familia ilustre y nació en Shoenhausen en abril de 1815. Colocado en una posicion social brillante merced á su nombre y fortuna, vaciló algun tiempo entre seguir la carrera de las armas ó la diplomática. Por último, á la edad de treinta años se decidió á figurar en el campo de la política, logrando que lo eligiesen diputado por la provincia de Brandeburgo. Desde luego se dió á conocer como ardiente defensor del partido feudal y enconado enemigo del Austria, distinguiéndose entre sus colegas por la incontrastable firmeza de sus ideas y la estraña obstinacion de su carácter.

En 1851, el rey de Prusia le confió la mision de representar á su país en la Dieta de Francfort, donde trabajó aunque con poco resultado á favor de su política. Desde Francfort pasó á Viena, y allí aunque velando sus propósitos y encubriendo el fin á que se encaminaba, trató de empujar á su eterna enemiga á una lucha con los pequeños Estados de la confederacion, lucha que en último término le habia de ser desfavorable al Austria.

Sucesivamente embajador en San Petersburgo, y en Paris, Mr. de Bismark incansable en su tarea de anular al Austria en provecho de la Prusia, no ha desperdiciado ocasion para irse acercando poco á poco á la realizacion de sus deseos.

Convenido el plan de la guerra actual en Biarritz con el emperador Napoleon y el caballero Nigra, y viendo próxima la hora de obrar Mr. de Bismark que en estas negociaciones marchaba de acuerdo con su soberano, volvió á Berlin donde ocupó á su llegada el puesto de primer ministro.

Dueño del poder y en la espectativa de la guerra que era todavía un misterio para todo el mundo, emprendió la reorganizacion del ejército. En vano se le opuso la Cámara popular, pues por cuatro veces un voto contrario á sus propósitos fue causa de una disolucion.

La fortuna ha coronado por último sus esfuerzos y el triunfo de Sudowa que asegura á Prusia la preponderancia militar á que siempre ha aspirado, puede considerarse obra esclusiva del primer ministro del rey Guillermo.

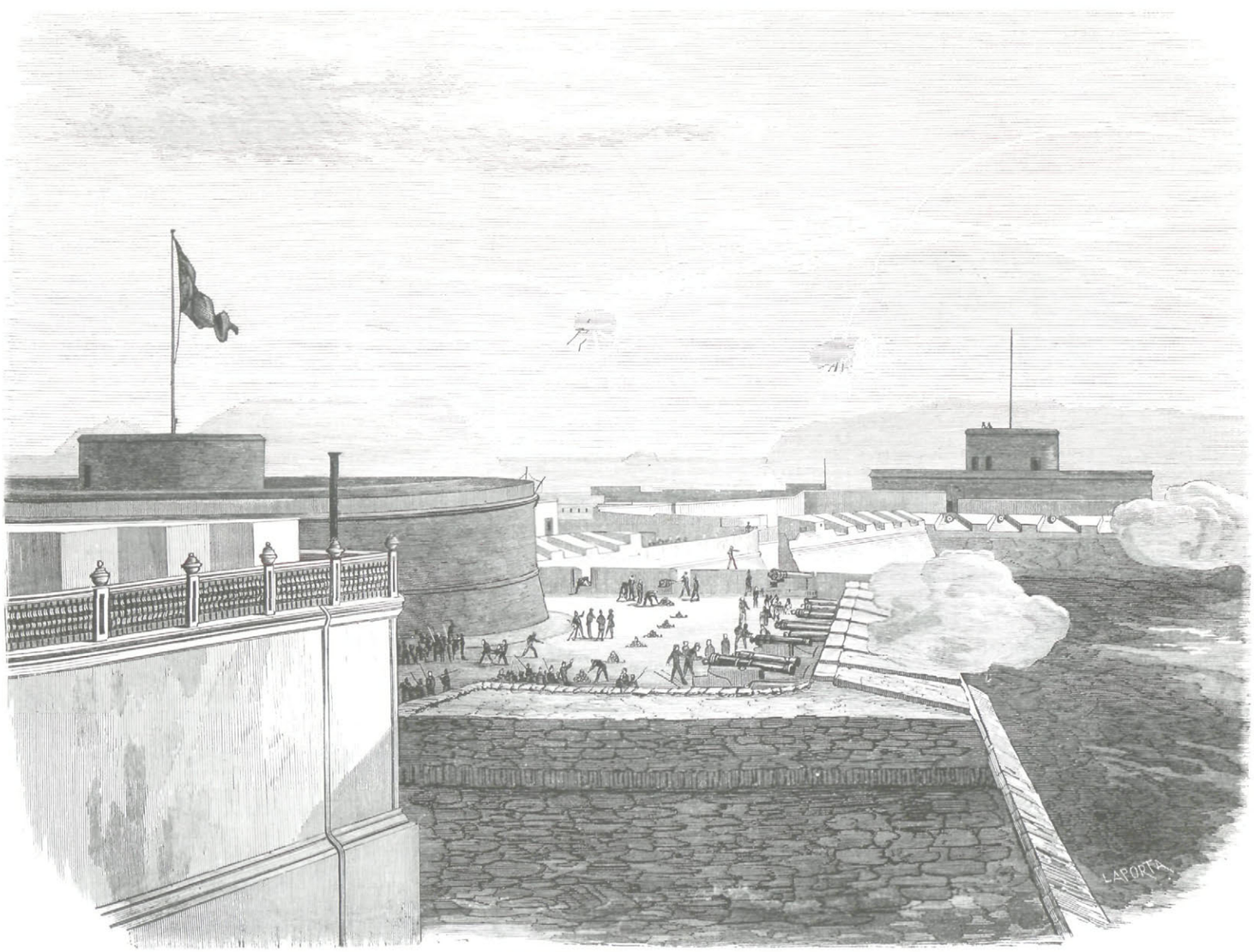
EL CONDE DE BISMARK.

LAS FORTIFICACIONES

DEL CALLAO.

La lectura de los documentos oficiales que ha dado á luz la *Gaceta* particularizando la accion de nuestros valientes marinos en el Callao, deja comprender todo el heroismo de la escuadra que ha atacado y apagado los fuegos de las baterías enemigas, á pesar de sus formidables defensas.

El Callao es una plaza de comercio considerable y es tambien el puerto de Lima, ciudad capital del Perú, de la que dista siete millas de ferro carril.



LAS FORTIFICACIONES DEL CALLAO.

Las fortificaciones, desde las cuales se ha hecho un fuego tan vivo contra nuestra escuadra, consisten no solo en dos fuertes de piedra por la parte del Sur, los cuales fueron construidos por el gobierno español antes de que el Perú alcanzase su independencia, sino que además por el lado del Norte de la ciudad hay cuatro baterías, una de las cuales tiene cuatro cañones rayados de á 32, otra 6 de igual clase, otra 2 de á 400 y una torrecilla de hierro, en la que hay dos cañones de Blakeley de á 500 cada uno. Al Sur de la ciudad, hay una batería de dos cañones de Blakeley de á 500 y 6 de á 32. Hay tambien una torrecilla de hierro con 2 cañones de á 400 y una batería en la arena con 2 de á 32. Todos estos cañones alcanzan al puerto; al paso que otra batería á espaldas de ésta domina el frente de mar por el otro lado del punto de tierra, sobre el que está edificado el Callao. Un telégrafo pone en comunicacion todas estas obras, y fue dispuesto por los ingenieros, á cuyo cargo estaban estas baterías para tomar noticias de los fuertes del Norte y del Sur de la ciudad, del estado de los buques españoles durante la accion, y lograr así su alcance exacto. Haciéndolo de este modo, cada batería pudo estar informada por el telégrafo con la mayor prontitud y precision cómo habia de hacer fuego contra un buque enemigo sin necesidad de ensayos. Se colocaron tambien valizas en el puerto para mayor seguridad de los tiros. En una de estas baterías fue donde murió el ministro Galvez. La vista que damos de los fuertes está tomada del natural.

ALFONSO:

NOVELA ORIGINAL

POR DON FERNANDO FULGOSIO.

La novela que vamos á analizar, además de su valor literario, tiene un gran valor moral. Es, bajo este concepto, una buena accion: accion condensada en un libro. Sus páginas trascienden á ese perfume esquisito de violeta y de romero con que se sahuman las buenas almas para hacer fermentar una oracion que suba hasta el cielo. Al libro del señor Fulgosio le corresponde de derecho un puesto modesto, pero honroso, en la biblioteca de la familia: esta es su mejor apología

Hay en el libro del señor Fulgosio esa pureza de estilo en que la armonía de la frase, nítida y pura, se sucede sosegada y apacible como la de la onda límpida que se purifica al quebrarse en la piedra pulimentada del arroyo. El autor de *Alfonso* no sacrifica nada á los efectos convencionales, ni le seducen las falsas perspectivas de ese género literario, tan esplotado por los franceses en que la vida aparece dominada por una inflexible fatalidad social: en que las virtudes equívocas aparecen transfiguradas con la aureola fosforescente de las malas pasiones torpemente divinizadas por lucubraciones impías.

En vez de esa tension de caracteres y de esa agrupacion inconexa de sucesos y personajes con que la novela francesa nos presenta sus cuadros que adolecen de una gran exhuberancia de movimiento dramático, hay por el contrario en *Alfonso* espontaneidad y sencillez en su concepcion, sus figuras se presentan con tal naturalidad y aparecen á tan buena luz, que nunca se descomponen por el movimiento de la accion. ¡No encontrareis en *Alfonso* ninguna de esas pasiones *lóbregas* con que ciertas literaturas de decadencia han procurado legitimar al crímen revelando los misterios concupiscentes del asediado lecho de la adúltera, ó haciendo de la maternidad, en vez de una religion un hastío mas de la mujer emancipada, ó presentando á la hija de familia, con todos los instintos de una precocidad corruptora, sin haber conocido el pudor, ese primer velo de la vírgen, esa primera aurora del amor que se revela en el corazon de la mujer con el angustioso placer del presentimiento de una creacion!

¡En *Alfonso* se nos revela la naturaleza humana tal como es; con sus torturas y sus esperanzas; con sus horizontes serenos ó nebulosos; con sus horas de espiacion ó de martirio; pero en medio de todas estas oscilaciones de la vida, domina una tendencia consoladora: la resignacion cristiana, que es la cristalizacion del dolor, aparece santificada, con todo el brillo de las lágrimas, y el amor aparece como una beatitud anticipada del cielo, y florece en el alma bajo la bendicion de Dios!

Alfonso es un jóven huérfano, que pertenece á una familia distinguida y que por una eventualidad de la fortuna, ha venido, sino á la mendicidad, á la pobreza.

Esta situacion se halla en cierto modo consagrada por su procedencia: Alfonso ha salvado á un amigo de la deshonra, respondiendo con sus cuantiosos bienes á acreedores implacables. El jóven que hasta entonces ha vivido en las delicias de la opulencia, se somete á la adversidad, abandona la córte y se refugia en la santa y buena Galicia, donde tiene unos bienes patrimoniales que por su naturaleza vincular se han salvado del naufragio en que pereció su fortuna. Bajo los techos seculares de su casa solariega la existencia de Alfonso tiene sus horas apacibles, aun cuando el tumulto de los recuerdos de su opulenta vida, se agrupan á su mente como una seduccion póstuma de los estravíos del gran mundo.

En el corazon del jóven pronto empiezan á germinar raices que le adhieren á la existencia y le sazonan para la virtud con el calor vivífico de un cariño sincero y leal. La fidelidad doméstica de sus buenos servidores, la amistad sin doblez de personas tan dignas como el coronel Souto, el amor en cuya sombra religiosa se dibuja en toda su pureza la figura espléndida de Elvira, la sobrina del coronel, empiezan á alumbrar su bello horizonte; en él sin embargo, no dejan de presentarse nubes tormentosas.

Elvira, que es una jóven lirio de los valles, sana y rosada como una cereza, y cuya boca tiene toda la fragancia y la frescura de una mata de fresas de las cañadas, se insinúa en el espíritu de Alfonso como una buena nueva.

Alfonso, que reconoce la insuficiencia de sus medios de fortuna para hacer á Elvira su esposa, retrocede en su camino y procura reprimir un amor que es culpable desde el momento que no puede solemnizarse por una santa legitimidad. Pero estas relaciones amorosas han obtenido una publicidad que arrojan implacablemente la reputacion de Elvira á la voracidad de las malas lenguas. Alfonso, para cubrir con su nombre el honor de Elvira, la pide por esposa á su tio el que cediendo á un momento de desconfianza cree que la conducta de aquel está inspirada únicamente por miras interesadas. Herida la susceptibilidad del jóven viene á Madrid creyendo encontrar corazones leales que sepan corresponder á las obligaciones de una sagrada amistad; pero ve con dolor que se le acepta en la sociedad con una reserva equívoca, que sus antiguos amigos le abruman con protestas estériles, de una benevolencia insoportable que hasta sus parientes le desconocen y procuran alejarle bajo pretestos capciosos. La sociedad del gran mundo es implacable para la desgracia y Alfonso, que en su opulencia era aceptado sobre todo por las madres con la simpatía de asimilacion que las inspira un *buen partido*, siente en su alma de caballero y de hombre honrado el desvío de aquella misma sociedad, en la que otras veces era acogido con ovacion. El pobre *vinculeiro* de Galicia, reducido á las humildes proporciones de un pretendiente de oficio, que invoca la caridad oficial, se siente bajo la presion del vacío y el abandono en que se agita su fausto de ayer, esplica su desolacion de hoy. Las demostraciones mas espansivas de que era objeto en su buena fortuna por parte de sus amigos, quedan reducidas á un conato de saludo que espresa mas que otra cosa el deseo de evitar á un importuno.

Alfonso desfallece en esta lucha: se siente abrumado en el aislamiento que le asedia como una capa de plomo que pesa sobre su corazon. La fiebre estalla en sus venas, la esperanza le abandona y la muerte le sonrie. Habiendo agotado durante su permanencia en la córte, los cortos recursos de que podia disponer, su penuria llega hasta los límites del hambre. Pero sus amigos de *allá* no le abandonan, y cuando las fuerzas de Alfonso están ya agotadas por la mas profunda desesperacion, viene á interrumpir el sombrío cuadro de sus infortunios la figura simpática y apacible del *Meigo*, su criado de Galicia, que aparece como un ángel bueno y trae la mision de llevar á su amo á la *tierra*.

Alfonso, montando en su caballo que el criado habia traido á prevencion, abandona la córte en cuya atmósfera corruptora se habia asfixiado su alma y siente que ésta revive á la esperanza á medida que se aproxima á aquella zona querida, en donde habia visto brillar ante sus ojos el amor, que es el elemento divino de la humanidad, la fe, que es el instinto del infinito, y la piedad cristiana, que hace brotar en el corazon una llama pura y tranquila como la lámpara del santuario.

Alfonso, en fin, curado completamente de las preocupaciones que le condujeron á la córte para buscar una posicion que ofrecer á Elvira, y con el mas completo asentimiento por parte del coronel Souto, tio y tutor de ésta, llega á poseer el tesoro que apetecia y la bendicion del cielo santifica la union de los dos jóvenes.

Tal es el argumento de la novela del señor Fulgosio. Sencilla en su forma y en su conjunto, nos produce el efecto de una melodía sobre una sola nota. En ella no se delinean grandes caracteres, ni sus personajes constituyen tipos que concentran en sí, en una generalizacion abstracta, las cualidades accidentales que son la espresion individual en la humanidad. Bajo el punto de vista estético, como dentro de la realidad de la psicología, aceptamos el terreno en que se ha colocado el señor Fulgosio. Nosotros creemos que en el arte, como en la naturaleza, no puede desconocerse la procedencia de la serie cuyo desarrollo biológico constituye el carácter permanente de la realidad metafísica. De modo que, en nuestro concepto, el ideal no está fuera de la realidad, sino que por el contrario es el progreso de la serie, y por consiguiente su complemento lógico; es la aplicacion geométrica de proporciones conocidas á la metrificacion del infinito, y por consiguiente la determinacion del ser en su categoría superior como una deduccion que procede de las cualidades accidentales del ser individual. El poeta como el artista, no hace otra cosa que reproducir, dentro de las condiciones de la vida y segun el órden de la naturaleza, el momento estético en la economía general del movimiento generador de la creacion. Sorprender por medio del genio el secreto de poseer en el instante, ese átomo del tiempo, y en el átomo, ese instante del espacio la creacion entera, es poseer la eternidad en un instante, y los espacios incomensurables en los espacios irreductibles.

Un filósofo moderno ha dicho: la posesion del arte es cuestion de perspectiva. La profundidad de esta frase se sondea mejor, dándola un giro familiar y diciendo que la dificultad de poseerle está en *saber ver*.

Nos adherimos, segun la teoría que precede y dándola una aplicacion al libro del señor Fulgosio, á las producciones literarias que espresan la realidad de la vida dentro de la que hay horizontes que únicamente el poeta adivina. La novela por sus condiciones especiales, debe reflejar la naturaleza como la onda móvil del lago refleja espléndidamente la colina que la rodea; es decir, debe reflejarla con la variedad de perspectivas y en la serie de momentos que completan su conjunto conforme al órden estético. El libro del señor Fulgosio pertenece al mas depurado realismo. Sus personajes viven en nuestra atmósfera, los conocemos, cambiamos con ellos un saludo todos los dias y nos favorecen con una dulce familiaridad. Mujeres como Elvira, abundan en nuestras familias, las vemos todos los dias, y sin embargo, su figura delineada con una gran sobriedad de colores, como pintaba Murillo, el alma que ha sentido mas la sed del infinito, aparécese con cierta novedad. Indudablemente el señor Fulgosio *sabe ver*.

No dudamos en clasificar á *Alfonso* en ese grupo de literatura nacional del que el inimitable *Fernan Caballero* es el núcleo. Este género participa algo de la pulcritud literaria de los ingleses, de *Goldsmit* y Adisson y del calor de los cielos meridionales. Si se nos permite una frase bastante arbitraria, pero que espresa nuestro pensamiento, diremos que esa literatura huele á *limpia*. No es el fruto insaboro de esas Bohemias literarias que crucifican el verbo de su inteligencia en el Calvario de la impiedad, que roen la cáscara amarga de la filosofía de las cloacas para arrojar la baba de la blasfemia que profana su boca y que hacen de las deformidades morales sus apocalipsis. Cuando sondeamos la profundidad del pensamiento de Balzac se apodera de nosotros el vértigo. No sabemos qué hay de desconsolador en el fondo lúgrubre de aquella filosofía, en que revelan las ansiedades humanas dentro del círculo inflexible de la la impotencia suprema, estableciendo cierto antagonismo entre una especie de Providencia sin amor y sin odio y la libertad humana, sin finalidad y sin esperanzas en el cielo.

Afortunadamente el señor Fulgosio no se inspira en el panteismo sentimental, si se nos permite calificarlo así, con que se inspiró la literatura francesa del año 30. El señor Fulgosio secunda por su parte con un impulso fecundo el movimiento nacional que se siente como una aspiracion instintiva para crear nuestra novela.

Nosotros por nuestra parte, no podemos menos de felicitar al señor Fulgosio por su obra, y para apreciar debidamente las bellezas que contiene, nos limitamos á recomendar su lectura.

LUIS DE BARREDA.

DEL LIBRO DEDICADO A SU MAGESTAD.

EN SU VISITA Á LA AUDIENCIA DE BARCELONA.

A la muy alta é muy esclarescida Señora Reina, doña Isabel, la segunda de España.

¿Non fuera torpedad desaguisada
E otro sí por demas nuesa ufanía
Femenciar don facervos de valia
De alfaja de labor asaz preciada?
Conoscientes la grande nombradía
Del guarnimiento de la real posada
De obrizo, e sirgo, é piedras abastada,
Todo lo al para Vos es nadería.
Catando de mostrar nuesa folgura
Demandé trobas (1) á omes sabidores
E nō foe vana, nō, la mi fianza.
E maguer de mezquina letradura
E rafezes mis trobas é loores,
Todavía es sin par la mi lealtanza.

JUSTICIA QUE COSA SEA E DE DO NASCE.

Es perenal venero la justicia
E della muy gran pro viene, Señora,

(1) En el número 28 de EL MUSEO (1861) se insertaron varias de estas poesías en latin, en castellano, en italiano y catalan, de los señores Milá y Fontanals, Permanyer, Angelon, Pons y Fruster, Cortada y Bres; así como una minuciosa descripcion de los primorosos trabajos artísticos que el libro contenia, escrita por don José Puiggari, autor tambien de una linda composicion poética en antiguo lemosin.

Ca al ques bueno e sin yerro lo mejora,
E del malo cõtrasta la malicia.
Es firme val'adar á la cobdicia,
Del ageno derecho destruidora;
En-paz vive la tierra do ella mora,
E do fallesce todo se desquicia.
Si el ome por flaqueza o por encono
Nuce al ome con saña o malestanza,
Le pune sin vagar, con reciedumbre;
A semblanza de sol nasce del trono
Ques oriente de paz e bienandanza,
E Vos el foco de tan clara lumbre.

N. P. L.

CELIA MAZO.

(CONTINUACION.)

Si pasaban unas yeguas tordas, igual exámen: si una librea ofrecia semejanza á la que buscaba idéntica perquisicion.

Ni se hallaban libres de mis investigadoras miradas las mujeres que paseaban á pie: muchas llevaban trajes de aquel color claro, entonces á la moda, y con adornos semejantes, si no iguales á los del de mi incógnita. Pero ninguna tenia aquellos luminosos cabellos rubios que habia visto apenas en el fondo de su berlina, ni aquellos ojos oscuros cuya mirada abrasaba al través del tupido velo, ni aquel andar magestuoso, ni aquel aire digno y gracioso á un tiempo.

Cada noche recorria todos los teatros y hacia una rápida aparicion en las casas en que *se recibia*. Escuso decir que cuantas mujeres se hallaban en los palcos y butacas de los teatros y cuantas habia en las reuniones eran objeto de una observacion detenida.

Una noche entré en el Teatro Real en el momento en que caia el telon en el final del primer acto de *Lucia*.

Dejé mi gaban en mi butaca, empuñé mis gemelos, y me puse á pasar revista á la concurrencia. Las butacas estaban llenas, y de los palcos solo dos ó tres se hallaban desocupados. Recorrí uno por uno los palcos, una por una las butacas, y nada. Ya desanimado, iba á ponerme el gaban y marcharme á otra parte, cuando sentí que la puerta de un palco se abria, dirigí hácia allá mis gemelos, y ví entrar en un palco platea, hasta entonces vacío, una mujer. Al mirarla, creí haber encontrado lo que buscaba.

Tendria veinte á veinticinco años: era alta y esbelta, teniendo su talle suaves ondulaciones, y sus movimientos armonía y ligereza: coronaba su rostro pálido una aureola de cabellos rubios, que parecian un nimbo de luz; y en su rostro de mármol y bajo su luminosa cabellera centelleaban sus ojos oscuros, profundos, aterciopelados, ardientes, irresistibles.

Iba vestida de blanco, con lazos de cinta escocesa, con una camelia blanca en el pecho, una sencilla pulsera de oro con una esmeralda en el brazo izquierdo y pendientes de brillantes.

Dejó, al entrar, los gemelos y el pequeño *bouquet* de camelias blancas que llevaba en la tablilla del palco, y se sentó de espaldas al escenario.

Un caballero anciano de aristocrática elegancia la acompañaba, y tomó asiento frente á ella.

Aquella mujer tenia el tipo que yo habia creido entrever en el fondo de la berlina, aquella mujer debia ser *ella*, aquellos ojos debian ser los ojos que se habian fijado en mí, y aquella boca desdeñosa la que me habia llamado: ¡Curioso!

—Esta noche me establezco aquí y no separo mis gemelos de ese palco. Mi insistencia no dejará de llamar la atencion de esa señora y al fin fijará sus ojos en mí. Si es ella lo dejará adivinar en su rostro al verme. Si no es ella lo conoceré en su indiferencia.

En efecto, al poco rato de haber fijado en el palco mis gemelos, la dama cogió los suyos y los dirigió hácia mí como quien dice:—Veamos quién es ese que parece va á hacer mi retrato segun lo que me mira.

Redoblé entonces mi atencion, pero ni sus ojos dejaron escapar un destello, ni su cuerpo se estremeció, ni se fruncieron sus cejas, ni se arrugaron sus labios, ni sus manos oprimieron demasiado las flores que habian vuelto á coger. Con la impasibilidad mas grande, con la mas completa indiferencia volvió á dejar los gemelos en la tablilla y se encogió imperceptiblemente de hombros como si dijera:—No se quién puede ser ese necio.

—La diplomacia femenina, pensé, escede con mucho á la del mas astuto diplomático: no hay hija de Eva que no tenga sobre sí un dominio grandísimo y no sepa fingir mejor que el cómico mas consumado. ¿Si será esa impasibilidad pura ficcion, solo diplomacia y disimulo?

Y lejos de desistir de mi observacion continué con los gemelos fijos en la que se parecia á mi desconocida. Así pasó el primer entreacto, el segundo acto, el entreacto y el acto tercero hasta la escena final: en cuanto Edgardo se hundió el puñal en el pecho, la dama se levantó sin esperar á que repitiese en frases cortadas el sublime canto que ya habia dicho. Pero al levantarse miró hácia donde yo estaba y al ver que seguia con los gemelos fijos, volvió á encogerse de hombres y en sus labios jugueteó una sonrisa que podia traducirse por:—Ese tonto no sabe quién soy y decididamente se atreve á hacerme el amor.

Sin darme por aludido por sus movimientos de hombros ni por su sonrisa, me puse el gaban y salí al pórtico á tiempo que ella salia á esperar su coche, llevándola del brazo el caballero anciano con quien habia entrado. A los pocos minutos un lacayo llegó á anunciar el coche, pero no era el diminuto lacayo que yo habia visto, ni la librea tenia semejanza alguna con la del de mi cógnita. Salí para ver el coche y era una berlina, pero no de doble suspension y en su portezuela no se veia escudo de armas, cifra ni corona alguna.

La dama entró en la berlina y mientras el caballero daba la órden al lacayo, hizo un gesto esta vez mas espresivo y que sin vanidad ni modestia pude traducir por:—¡Tonto!

Y me quedé con el convencimiento de que aquella mujer no era la que buscaba y seguro de que se habia estado riendo á mi costa.

A pesar de esta derrota no desistí de mi empeño y seguí mis investivagiones, coronadas siempre con el mismo éxito. Y no solo no encontraba á mi desconocida, si no que no volví á ver á la que se le parecia.

Así pasó un mes, un mes que para mí fue un siglo de eterna duracion, una lenta agonía, un continuado y penoso martirio.

Y mi curiosidad se hallaba cada vez mas escitada, porque al estudiar en mi memoria aquel rostro que solo habia visto un momento y al través de un vidrio, y aquella voz que solo habia pronunciado una palabra, habia en mí un vago recuerdo, una dudosa reminiscencia, un eco confuso, que me decian que no era la primera vez que mis ojos se habian fijado en aquel rostro angelical y que aquella voz suave y armoniosa habia halagado mis oidos. Y esto hacia que continuase sin tregua ni descanso mis inútiles pesquisas, mis investigaciones sin fruto.

III

UNA CARTA.

Una noche al volver del teatro, fatigado y abatido, encontré sobre mi mesa una carta, que hacia en su sobre un sello del correo interior.

Dejé el gaban y el sombrero, me arrellané en una butaca y me puse á dar vueltas sin abrirla á la misteriosa carta. La letra del sobre me era completamente desconocida, era una letra inglesa, fina, correcta, elegante, de mano de mujer. Mi nombre se hallaba escrito sin vacilacion con toda seguridad, igualmente que las señas de mi casa. El sobre se hallaba cerrado con lacre encarnado y el sello tenia una sola inicial, una C. En vano me preguntaba á mí mismo quién podia ser la persona que me escribia cuya letra me fuese desconocida: mi curiosidad no encontraba solucion á aquel enigma. Pero tenia en mis manos la solucion mas sencilla y que debia ser mas satisfactoria, y sin vacilar por mas tiempo rompí el nema y saqué el billete que el sobre contenia.

La carta era de la misma letra que el sobre, letra que acusaba la mano delicada de una mujer aristocrática. No sé por qué aquella letra me hizo recordar la elegante y distinguida figura de mi incógnita: entre aquella mujer y aquella forma de escritura habia afinidades inesplicables pero ciertas.

Leí la carta y era de *ella*. Pero no era una carta de mujer, una de esas obras maestras de diplomacia y travesura femeninas, no: era mas bien un desahogo en que aquella mujer estraña aprovechaba la careta del incógnito para decir la verdad sin ambajes, para hacerme blanco de su fina pero cariñosa sátira, para dejar desbordarse por un momento los sentimientos que llenaban su corazon. Hé aquí la carta.

«Gabriel: Antes de todo debo dar á usted muchas gracias por haber refrenado su curiosidad y dejado de seguirme. Qué chasco tan solemne se llevó usted. Confiéselo usted sin rubor, pues al mejor cazador se le va una liebre y al mas listo se la pegan.

»Ha de saber usted que en el momento que le ví á la puerta de San Ginés, le reconocí, y eso que está usted muy cambiado, como que hace bastantes años que no nos vemos y los años no pasan nunca en valde. No tema usted que la heroina de la novela que se habia forjado en su imaginacion sea una vieja: ya no soy una niña como cuando fuimos amigos, porque hace años que lo somos, pero aun dicen que estoy pasadera, á pesar de los veinte y tres que acusa mi indiscreta fe de bautismo.

»Al verme entrar con el velo echado en San Ginés, ví en su rostro de usted no sé qué vaga sospecha de que no era la novena la que me llevaba á la iglesia, y no le faltaba razon. Así es que sin manifestarlo me puse en guardia, y pude ver que entraba usted tras de mí. Comprendí desde luego que una vez escitada su curiosidad, no pararia usted hasta despejar la incógnita que se le presentaba y aclarar aquel misterio; pero lejos de darme cuidado por ello, me tranquilizó mas bien, pues mi empresa tenia algo de arriesgada y su presencia de usted me garantizaba el que ningun importuno me insultaria viéndome sola.

»¡Qué de cálculos no formaria usted mientras iba siguiéndome! ¡Cuántas y cuántas congeturas no se presentarian á su imaginacion para esplicar lo que presenciaba! Y á fe tenia usted razon sobrada, en primer lugar porque no podia usted reconocerme con el velo echado, tanto mas, cuanto que aun á cara descubierta dudo que me reconociese, y además porque las apariencias daban al lance una gravedad y un carácter que hubieran engañado á cualquiera. Y luego aquellas metamórfosis tan estrañas como el entrar una señora en una iglesia con un vestido claro y salir con traje negro, llegar con cintas encarnadas en la capota y haber tales cintas desaparecido al salir, ó ir derecha como un huso y con voz fresca y sonora y aparecer á la salida encorvada, arrastrando los pies y con voz gangosa y desdentada: todos esos cambios debian sin duda poner en juego su imaginacion, por mas que tuvieran esplicacion facil y sencilla, pues un vestido puede recogerse debajo del abrigo dejando al descubierto una segunda falda, las cintas de una capota pueden ser de quita y pon, y en cuanto al cambio de la voz y á lo encorbado del talle preciso es recordar que las mujeres tenemos fama de ser escelentes cómicas.

»Al ir de San Ginés al Cármen conocí en su cara que creia usted ser espectador de una intriga amorosa rodeada del misterio mas profundo y de las mas esquisitas precauciones para evitar indiscretas miradas. Se gozaba usted desde luego en la turbacion de la dama al ver descubierto su juego, y ya esperaba usted las miradas furibundas del irritado galan y acaso uno de esos lances de honor en que por lo mas fútil juegan ustedes su vida. Cuál no seria su decepcion al ver que la clave de la intriga, que el cuerpo del delito era un pobre billete de lotería, y cuando digo pobre miento, pues el tal billete ha sacado un premio de 1,000 duros. La novela que usted se habia forjado, llena de pasion y de lances estraordinarios, y que se prometia usted seguir hasta su desenlace, se desvaneció al fin del primer capítulo convirtiéndose en uno de esos hechos de vida real vulgares, prosaicos, antinovelescos. Lo siento por usted; pero ¿qué le hemos de hacer, si en el lance, en cuestion, no hay el mas pequeño resquicio de amor ni de novela? Otra vez tendrá usted mas suerte y dará con una aventura, que, siguiéndola con cuidado, pudiera llenar diez tomos compactos.

»Sin duda ha adivinado usted todo. Por lo que ha visto ha deducido usted lo que ignoraba. Así es que sabrá usted tan bien como yo que se me ha prohibido, por uno de esos frecuentes caprichos masculinos (y ¡luego dicen que somos caprichosas las mujeres!), jugar á la lotería, que esta prohibicion escitó mi deseo, y que como nada de malo habia en satisfacerlo, lo hice rodeándome de precauciones para no ser descubierta. El billete por una estraña cansualidad salió premiado y todas las metamórfosis que usted presenció no conducian mas que á cobrar el premio en la administracion de las Cuatro Calles.

»Pero no para en eso la novela, sino que mi *tirano* no sé como ha descubierto la intriga y he tenido una escena melodramática. Es de advertir que el que me prohibe jugar al inocente juego de la lotería y se enfada porque no le he obedecido, es uno de los jugadores mas constantes del Casino. ¡Flaquezas humanas! En fin, el que manda manda y cartuchera en el cañon.

»Comprenderá usted que ya no es posible que siga jugando por mí misma, pues de fijo seria descubierta. Pero comprenderá usted tambien que dejaria de ser mujer y mujer mimada y no fea si todos estos obstáculos no escitasen mas y mas mi deseo de seguir jugando. Ahora bien, para ver realizado mi deseo solo hay un medio y depende de su condescendencia. El número que sacó el premio de los 1,000 duros es el 5,353: si usted tomase ese número en todas las estracciones, yo podia seguir la marcha del juego, viendo en los periódicos los números premiados y si el nuestro lo habia sido ó no. Encárguese usted, yo se lo suplico, de adquirir los billetes y cobrar los premios que caigan, y así podré yo jugar sin que nadie pueda sorprenderme. Inútil es diga á usted que si accede á lo que le indico jugaremos en sociedad á medias.

»Si es usted tan amable, y yo estoy segura de que sí, que acepta esta combinacion, tal vez rompa muy pronto el incógnito. Por el pronto conservaré puesta la careta. Así es que no daré á usted mis señas ni le indicaré manera alguna en que pudiera escribirme, pues además de que pudiera comprometerme, no quiero que usted me escriba: en cambio seré yo quien de vez en cuando ponga á usted cuatro letras para darle nuevas instrucciones acerca de nuestra sociedad de lotería, de la que soy comanditaria y usted el gerente. Da usted anticipadamente muchas gracias y queda muy su amiga:—LA DAMA DUENDE.»

Esta carta disipó mi abatimiento y reanimó mi espíritu. Aquella mujer que tanto habia hecho andar á mi imaginacion, que durante un mes habia sido mi único pensamiento, el fin de todas mis acciones, no solo no me habia echado al olvido despues de burlarse de mi indiscreta curiosidad, sino que confesaba que la conocia, que hacia mucho tiempo éramos amigos,

AVENTURAS Y DESGRACIAS DE LA SEÑORA LIBARONA: ENTIERRO DEL CADÁVER DE DON JOSÉ.

y hasta me daba una esperanza, puesto que prometia romper algun dia su incógnito.

Pero ¿de qué manera habia podido aquella mujer escapar á mis investigaciones de todo un mes, burlarse de mis pesquisas y destruir mis asechanzas? La berlina de doble suspension, las yeguas tordas, el cochero y el diminuto lacayo de elegante librea, ¿se habian desvanecido acaso como un sueño, para no aparecer ni un solo dia en los paseos?

(Se continuará).

ENRIQUE FERNANDEZ ITURRALDE.

AVENTURAS Y DESGRACIAS

DE LA SEÑORA LIBARONA EN EL GRAN CHACO (AMÉRICA MERIDIONAL).

¡Pobre hombre! Su queja me desgarraba el corazon pero ¿qué habia de hacer?

Díme prisa á salir de aquel paraje donde dejaba la vida y me dirigí á Matara, donde se celebró un oficio de difuntos.

El comandante tuvo la audacia de reclamarme el *grillete*, los hierros que habia mandado poner á mi esposo. No quise ya ser prudente y le contesté mal.

Nuestro carro caminaba lentamente; cuatro noches pasé en él sin poder cerrar los ojos.

Cuando llegué ante nuestra casa de Santiago, una de mis hermanas me vió y gritó:

—¡Agustina vuelve! Libarona ha muerto.

Y yo pregunté á gritos tambien por mis hijas.

Mi madre y mi hermana Isabel acudieron al instante trayendo á mis brazos á Elisa y á Lucinda. ¡Hijas de mi doloroso amor! ¡Qué mezcla de pena y alegría sentí en mi alma al abrazarlas! ¡Se parecian tanto á su padre!...

El doctor Monge estaba allí y mandó que me acostara en seguida. Entonces vió mi familia todas las llagas de mi cuerpo, ya que solo Dios podia ver las de mi alma. Por espacio de un año no me habia descalzado, á fin de estar siempre dispuesta á asistir á mi esposo ó á huir de los salvajes. Tampoco me habia desnudado mas que una vez para lavar mi ropa, y en todo mi cuerpo habia señales de un trabajo superior á las fuerzas de una mujer delgada.

Mucho tiempo estuve postrada. Muchas veces me arrojaba de la cama por la noche dando gritos de terror. Soñaba horriblemente, creyéndome aun perseguida por los indios, por las fieras, por los soldados de Ibarra.

Cuando me restablecí, abandonamos todo lo que poseíamos en Santiago y volvimos á Tucuman.

Al poco tiempo tuve el sentimiento de saber el deplorable fin de Unzaga. Reducido el pobre á alimentarse de raices, pensó en escaparse y huyó; pero estraviado luego, cedió al desaliento y fue á implorar clemencia á los pies de Ibarra. El monstruo mandó á sus soldados que lo remataran á lanzazos.

Despues de doce años de inútiles instancias, he podido obtener permiso para trasportar á Salta los restos de mi esposo, á cuya memoria he erigido un túmulo.

Muerto Ibarra (¡Dios lo haya perdonado!) su honorado sobrino, el general don Antonio Taboada, quiso ver, en una de sus espediciones al desierto, el paraje en que mi esposo exhaló su último suspiro, y lo que es mas (hay que decirlo en honra suya), hizo construir á los mismos soldados que fueron nuestros verdugos, una gran cruz de madera, con esta inscripcion en sus brazos:

«¡Homenaje de respeto á un mártir de la TIRANÍA!»

Muchos viajeros franceses han tenido el honor de ver en estos últimos años á la ilustre y heróica doña Agustina. Uno de ellos, Mr. Benjamin Poucel, bien conocido por los grandes servicios que ha prestado á la ciencia y á la industria, ha obtenido de esta señora no sin repetidas instancias la relacion, cuyo estracto acaba de leerse.

El sabio doctor Martin de Moussy, compañero de viaje de Mr. Poucel de las provincias del norte de la Confederacion Argentina, tuvo á bien escribir al autor de estas líneas lo siguiente:

«Caballero: todos los pormenores que usted sabe sobre la estancia de la señora Libarona en las fronteras del desierto del Chaco, son de una intachable exactitud...

Yo mismo tuve la honra de ver á esta heroina del amor conyugal en agosto de 1857 en Salta, á donde se habia retirado con su familia; pero entonces no conocia yo sino muy incompletamente su admirable historia. Hasta algunos meses despues y en Tucuman, teatro de los acontecimientos, no llegué á saber toda la verdad por boca de testigos presenciales. La historia tristísima de esta gran mujer, es por otra parte notoria en esta ciudad, cuyos habitantes se enorgullecen con razon de tener tal compatriota.

Doña Agustina Palacio de Libarona, no pasa de la edad madura, toda vez que solo contaba 19 años en 1841, época del destierro y muerte de su marido.

Actualmente, rodeada de los suyos, objeto de la veneracion pública, en el seno de una familia que la idolatra, la heróica señora disfruta un bienestar que no es sino la justa y merecida compensacion de los trabajos de su triste y dolorosa juventud. Pero la delicada modestia de tan amable y dignísima señora, siempre tan buena como bella, está muy lejos de amenguarse con una vanidad impropia de quien es capaz de tan valerosas virtudes.»

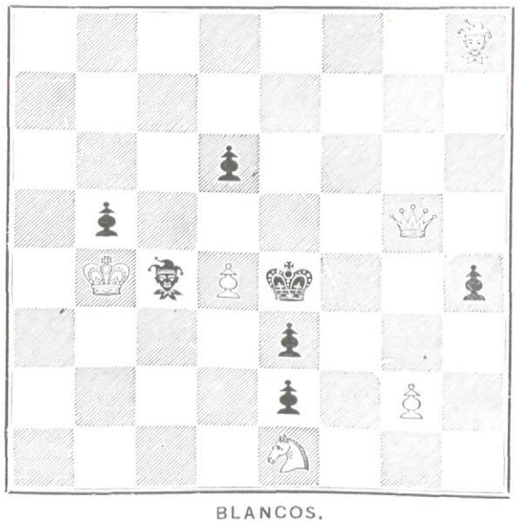
M M.

JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 58.

POR M. ZAMORA (DE ALMERÍA.)

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN TRES JUGADAS.

PROBLEMA NÚM. XXX, POR DON C. GOLMAYO.

Blancos.	Negros.
R 7 D	R 4 D
A 2 C D	P 4 R
P 3 A R	4 C R
3 D	
3 A D	
4 C D	

Los blancos dan mate en tres jugadas.

PROBLEMA NÚM. XXXI, POR N.

Blancos.	Negros.
R c D	R 4 D
D 7 C R	
C 6 D	
A 8 A D	
P 2 D	

Los blancos dan mate en tres jugadas.

SOLUCION DE LOS PROBLEMAS NÚMS. 56 Y XXIX.

J. S. Fábregas, de Tarragona.

En el próximo número se publicará la solucion del problema num. 57.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Sin libros, el que estudia, saca agua con una criba.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.